

Un canto a la diferencia y la diversidad

Rubén Olveira Araujo

Rusia, Polonia, República Checa, Alemania, Luxemburgo, Bélgica, Francia y, por fin, Euskal Herria. Ese ha sido el recorrido de la Ruta Sexualidad. Resumir en unas pocas líneas todo lo vivido durante los 4.000 kilómetros, ocho estados y tres meses que ha durado esta expedición parece imposible. Más aún cuando a cada segundo nuestras vivencias se mezclan y se entremezclan, volviéndose así cada vez más borrosas en la memoria. Pero lo intentaremos.

La Ruta Sexualidad partió de Donostia en junio con el objetivo de narrar las aventuras y desventuras de esta odisea por el viejo continente, pero sobre todo con el fin de abundar en la diversidad del sexo y de recopilar diferentes nociones positivas sobre la sexualidad. El reto no ha sido fácil. No es noticia que el sexo y la sexualidad continúan siendo un tema tabú. Puede que en unos territorios más que en otros, pero sigue siendo un denominador común y más aún en lo que se refiere a algunas identidades, orientaciones y prácticas sexuales.

No es de extrañar, por ello, que a muchos les sorprendiera esta expedición. Incluso Pawel Czajkowski, sociólogo de la Universidad de Wroclaw, se sintió impresionado porque desde una Capitalidad Europea de la Cultura se apoyara un proyecto como este. Según él, que Wroclaw 2016 avalara una iniciativa relacionada con la sexualidad le parecía impensable debido a la presión de la opinión pública, que en Polonia tiende a ser bastante conservadora, en su opinión.

Sin embargo, después de tres meses a los pedales hemos encontrado esos reductos de pensamiento que buscábamos, aquellos que aportan un aire fresco y abierto al sexo y la sexualidad. Entre otros, hemos hablado con filósofos y sociólogos sobre la situación de Rusia; hemos entrevistado a distribuidores de cine LGTB en Polonia; hemos visitado museos y tiendas de máquinas y juguetes eróticos en la República Checa; hemos profundizado en la sexualidad en la tercera edad en Alemania; hemos conocido cómo se vive la transexualidad Luxemburgo; hemos tratado un tema tan polémico como la asistencia sexual en Francia; y, con motivo del Zinemaldia, hemos hablado con su director sobre el cine porno. Con estas pinceladas hemos obtenido un cuadro bastante colorido de la sexualidad que aboga por la diferencia, la diversidad y la sinergia en vez de por la opresión, la represión y la pureza.

A grandes rasgos, sí que hemos notado ciertas diferencias por territorios en la forma de entender y respetar la diversidad del sexo y la sexualidad. Estas diferencias, como ya escribimos en su día, coinciden con el nivel de educación sexual de los países por los que hemos transcurrido atendiendo a los datos del Barómetro elaborado por la Federación Europea de Planificación Familiar. Según este informe, de los países por donde hemos pasado aquellos con una mejor educación sexual serían Alemania (72%) y Francia (67%), mientras que en el otro extremo se encontrarían Polonia (39%) y la

República Checa (15%) -y Rusia, pese a no aparecer en este estudio dado que no pertenece a la Unión Europea.

Estos datos los hemos contrastado con nuestras propias vivencias. Tanto en Rusia como en Polonia la homosexualidad todavía está muy perseguida -y ya no hablemos de otros colectivos como las personas en situación de transexualidad-. Cuando conversábamos con la gente local y sacábamos estos temas se ponían muy nerviosos y miraban hacia otro lado. Es más, todavía recuerdo la frase de una mujer que conocimos en Kaliningrado: "Una de mis mejores amigas es lesbiana y ella sabe que yo sé que a ella le gustan las chicas, pero jamás hemos hablado del tema y nunca hablaremos de ello porque aquí, en nuestra cultura actual, resulta de muy mal gusto".

Una situación similar nos encontramos en Polonia. Allí nos sorprendió la historia de una pareja gay. Tardaron tres años en cogerse de la mano en público y más aún en admitir a la gente que les rodea que eran pareja. "Si preguntaban decíamos que éramos amigos; buenos amigos".

Detalles como estos, miedos como estos y, sobre todo, frustraciones como estas -aquellas que tienen que ver con no poder vivir según nuestra identidad, nuestra orientación, nuestros deseos, nuestros gustos, nuestras manías y nuestros placeres- son el resultado de una carencia o deficiente educación sexual que debería empezar desde el momento en que nacemos, en el seno de la familia, y proseguir durante la etapa académica.

Pese a las diferencias que hemos encontrado entre territorios, a día de hoy esta educación no se cumple en ninguno de los países por los que hemos pedaleado: ni en Rusia ni en Polonia, pero tampoco en la República Checa, Alemania, Luxemburgo, Bélgica, Francia o Euskal Herria. ¿Qué algunos están más avanzados que otros en algunas cuestiones? Sin lugar a dudas. Pero ello no quita que en todos los sitios todavía quede mucho trabajo por delante en materia de educación sexual a todos los niveles.

A hilo de esto, Erik Schneider, cofundador de *Transgender Luxembourg* (TGL), nos decía lo siguiente: "Lo que tenemos que conseguir es hacer reflexionar a los niños y niñas acerca de las diferencias y de la diversidad y que se entienda como valor". Si a algo propende el sexo es hacia la diferencia. Y precisamente son estas diferencias, cuando no se entienden como diversidad sino como desigualdad, las que producen a día de hoy un gran número de problemas sociales y comederos de cabeza tanto a nivel individual como de pareja. De ahí la importancia de cambiar de chip.

Como esperábamos, en todos los países por donde hemos pedaleado hemos encontrado iniciativas y personas excepcionales que ponen su granito de arena para que cambiemos de chip. Gracias a todas estas personas que en uno u otro momento se han acercado a esta expedición, la Ruta Sexualidad ha transcurrido sin problemas pero no sin emoción. Ellas han sido las que nos han dado fuerzas en los momentos más duros y, sobre todo, ellas son las que han dado forma y color a este viaje. Por tanto, no me queda más que mandar un saludo al club de ciclismo *Koenig Bicycle team* de Kaliningrado, a las maravillosas gentes -y animales- de Swidnica y a todas esas decenas de personas -algunas incluso cuyo nombre desconocemos- que aunque no tengan hueco en este artículo, tendrán un lugar privilegiado en nuestra memoria y en nuestros corazones. Desde Donostia, un fuerte abrazo a todos ellos y gracias por hacer esta experiencia inolvidable.